

Empresario y presidente

Examinada la lista de presidentes de grandes clubes deportivos, resulta que casi todos son empresarios, la mayoría de ellos de la construcción. La explicación es que el dinero busca siempre posición social, esto es, que quien tiene dinero pero no tiene el reconocimiento social quiere ostentar cargos o carguillos expuestos permanentemente a los focos de las cámaras, quiere el prestigio o, por lo menos, el relumbrón del cargo que ocupa, alguna forma de dar a conocer su éxito ante la sociedad de la que forma parte, porque la riqueza por sí misma no da más satisfacciones que el aumentar la capacidad de compra, poca cosa en unos tiempos en los que mucha gente tiene capacidad de compra bastante para cubrir sus necesidades casi al mismo nivel que los ricos. El que la mayoría sean empresarios de la construcción sólo es consecuencia de que en este sector la riqueza llega más rápidamente, casi como un sarpullido, por lo que más rápidamente y con más fuerza sienten la necesidad antes citada de asimilar la riqueza al reconocimiento social. Pocos ricos antiguos o con empresas heredadas de su familia presiden clubes deportivos.

Casi todo ellos, acostumbrados a lograr el éxito con su esfuerzo, desde luego, pero no pocos con el trapicheo, y siempre bajo la regla suprema de que el dinero atrae al dinero y, por lo tanto, el dinero lleva al éxito, quieren aplicar a la gestión de su club los mismos principios con los que gestionan sus empresas, ignorando que las leyes que rigen en la jungla del mercado son distintas de las que rigen en la jungla del deporte, o lo que es lo mismo, ignorando que su club participa con otros en un juego y que de veinte equipos presididos por otros tantos empresarios gastándose todos ellos en fichajes más dinero del que tienen sólo puede ganar uno, por mucho que todos aspiren a la victoria. Cuanto más acostumbrados están a la rapidez en su éxito empresarial, más impaciencia demuestran en su labor de gestores deportivos y, claro, más frustración y más sufrimiento para ellos y para la afición y peores resultados sobre el terreno de juego. Sólo así se explica, por ejemplo, la errática trayectoria de Rafael Gómez

en la presidencia del Córdoba, quien en unos pocos meses ha tenido a cuatro entrenadores y, luego, se ha ido.

Tampoco es que tenga mucha trascendencia: el empresario pierde el dinero que le sobra para regocijo de jugadores, entrenadores e intermediarios, 19 aficiones no ven cumplidos sus deseos pero una sí (aunque sólo sea por un año) y el club se endeuda más y más y, quizá, hasta se vaya al carajo, dejando con la boca abierta a no pocos proveedores. Hay ahora de actualidad dos ejemplos en los que el gran empresario es presidente de club y, además, político de relevancia: Berlusconi, presidente del Milán, y Gil, presidente del Atlético de Madrid. Ambos son populacheros, más que populistas, y han llegado al poder aprovechando una crisis de los partidos tradicionales. Ambos confunden en su gestión lo público con lo privado: el primero tiene varias cadenas de televisión y el segundo gobernaba desde su despacho privado. El miedo que me da es que cunda el ejemplo. La alta política para los políticos y la gestión del deporte espectáculo para los empresarios. Dejad al maestro, aunque sea un burro: en la alta política, más vale un político malo que un empresario bueno. Un club se puede ir a segunda, pero no una ciudad o un país.

Juan Bosco Castilla